

La gran luna roja.

Los periódicos anunciaban que el eclipse total, que daría lugar a la luna de sangre, sería el 27 de Julio de 2018.

Leyendo la noticia recordé a mi abuelo, fallecido cinco años atrás... Busqué, en mi escritorio, el manuscrito que me dio antes de morir, un block de apuntes sobre astronomía, diciéndome que no lo abriera hasta que él se hubiera ido. Encontré la página que había marcado cuando lo leí por primera vez. Las anotaciones, que relato seguidamente, estaban claras, pero dudaba entre continuar con la locura de mi abuelo, u olvidarme de todo:

“6 de mayo de 1974.

Biblioteca del Casino Recreativo y Cultural de productores de A.H.V.

Libro: La creación del universo, (George Gamow).

Descubro que al terminar el capítulo primero las hojas del libro están pegadas entre sí, horadadas profundamente en forma de óvalo. En el interior, unas gafas redondas, bastante rudimentarias, con una nota aclaratoria sobre su uso.

30 de noviembre de 1974.

Ayer hubo eclipse total, con resultado de luna roja. Siguiendo las instrucciones de la nota conseguí ver los “Iratxoak”, unos seres diminutos, con forma humana, diez centímetros de altura aproximadamente; están por todo el jardín del Casino, aunque se concentran en la buganvilla, detrás del escenario. Se ven con las gafas, al darles el reflejo de la luna, durante el eclipse.”

En una página aparte y dirigiéndose a mí, había escrito lo siguiente:

“17 de junio de 2011.

Víctor, el pasado día 15, con el eclipse total de luna, volví a verlos. Esta vez los observé con más detenimiento. Son como hombrecitos descalzos, siempre están jugando y bailando entre ellos; tienen la nariz roja y las orejas de punta. Los machos llevan una llamativa boina y las hembras un gorro de colores brillantes, con florecitas. En un descuido me sorprendieron mirándolos y me tocó salir corriendo hacia una sombra; escapé de milagro,

se pusieron muy violentos. Cuando vayas a verlos ten mucho cuidado, si te ilumina la luna roja pueden verte. Son muy peligrosos.

El libro está guardado en la biblioteca, en la vitrina según entras a la derecha, detrás de una colección, encuadernada en rojo, que se llama "Crónica de la guerra española". La llave para abrir la puerta de la vitrina está escondida en la lámpara mural, entre las dos ventanas. No debe enterarse nadie que coges el libro, si llegara a manos de algún desaprensivo se podría liar la marimorena."

Puse manos a la obra, faltaba una semana para el famoso eclipse, tenía tiempo. Yo no conocía el Casino, a mis diecisiete años, había estado tan solo un par de veces, cuando era niño, acompañando a mi abuelo.

El salón donde se encontraba el bar era elegante. El sol lateral, asomándose por los grandes ventanales, iluminaba las paredes revestidas de azulejo valenciano. Acercándome a la barra le pregunté a la atenta camarera por la biblioteca. Me dijo que estaba situada al fondo de la sala multiusos, pero la llave estaba en la secretaría, tras la puerta que, amablemente, me indicaba.

Al abrirla me quedé anonadado, una gran estancia cuadrada rodeada de pilares, que soportaban arcos de medio punto, me recibió. Era arquitectura de principios del siglo XX, modernizada con techo de escayola y suelo de madera. Fotografías antiguas adornaban sus paredes, dándole un encanto especial.

Me abrió la biblioteca la secretaria, pidiéndome que cuando terminara le devolviera la llave. Al entrar me emocioné, recordaba vagamente las dos grandes y luminosas ventanas, pero las vitrinas de madera llenas de libros que llenaban las paredes y la magnífica mesa con cubierta de cristal que ocupaba el centro de la estancia, me impresionaron. La calidez del recinto y el silencio incitaban al recogimiento.

Dejé la puerta entreabierta para escuchar si se acercaba alguien. Localicé la colección tras la que estaba el tesoro que buscaba y a continuación metí la mano detrás de la lámpara, indicada por mi abuelo, para buscar la llave que me abriría la puerta hacia el misterioso libro. Tras muchos intentos la encontré colgada, con un ganchito inapreciable, detrás de la concha de chapa que en su día hizo de reflector de la bombilla. Asegurándome de que no venía nadie abrí la vitrina, introduje la mano por

detrás de la colección y toqué el lomo del tesoro. Con el corazón en vilo cogí el libro y me lo coloqué dentro del pantalón, por debajo de la camisa. Cerré el armario y puse la llave en su lugar. Al salir, asustado como iba, tropecé con un señor que, enfadado, me dijo que él devolvería la llave y que pusiera más atención.

Las gafas estaban en su sitio, la nota no aclaraba más de lo que había escrito mi abuelo, pero al cerrar el libro vi una hoja desalineada, casi imperceptible. Separé con la ayuda de un cúter aquella página y escrito en los márgenes encontré la explicación:

“Iratxo, duendecillo de la mitología Vizcaína, revoltoso y juguetón. Aparece por la noche, asustando al que lo ve. Le encantan los frutos secos; si le das cacahuètes, o pipas, se hará tu amigo, aunque cuando los haya devorado desaparecerá.

Se supone que vinieron camuflados en las maletas de los primeros vascos que trabajaron en la fábrica. Han evolucionado, siendo solo visibles con las gafas y la luna de sangre.

Abril, 1950”

Estoy delante de ellos. Alegoría soñada de un mundo fantástico e irreal, que ha llegado a cuestionarme el objetivo de mi vida. Les hecho pipas peladas, que comen con avidez. Algunos me miran..., creo que me ven, pero no me atrevo a salir. Organizan juegos y bailes alrededor de los frutos secos. Echo las pipas cada vez más cerca, casi llevo a tocarlos, estiro la mano..., y desaparecen. Ha finalizado el eclipse.

Devuelvo el libro a su lugar y continúo con las anotaciones de Eugenio, mi abuelo:

“30 de julio de 2018.

El pasado 27, durante la gran luna roja, conseguí ver a los “Iratxoak”, esos pequeños geniecillos, dueños de mis sentimientos...

Milhombres.